



Boletín del Museo Arqueológico Nacional





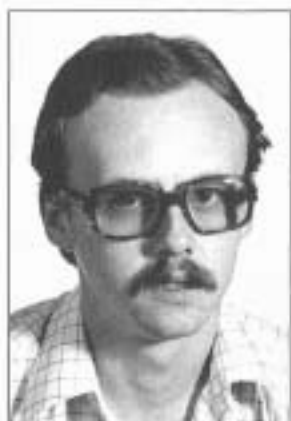
CIRIACO SESMA FERNÁNDEZ

Hace algunos días nos llegó la triste noticia del fallecimiento de Ciriaco Sesma Fernández, y los que le conocimos experimentamos un hondo pesar. A pesar de que su jubilación se había producido hace más de 10 años, nunca nos había dejado del todo y su presencia se hacía notar en sus numerosas visitas que realizaba periódicamente al Museo desde Barbastro, donde residió en los últimos años. Ciriaco Sesma, nacido en Cintruénigo (Navarra) el 4 de mayo de 1925, entró a trabajar al Centro como jardinero y mozo el 5 de octubre de 1955 y, desde entonces y hasta que se marchó, se sintió vinculado al Museo con una entrega digna de admiración. Siempre nos ayudó a todos los que se lo pedíamos en el traslado y movimiento de piezas y cada día

nos sorprendía por su excelente conocimiento de los fondos del Museo y su ubicación dentro del mismo, tarea nada fácil si se tiene en cuenta el número elevado de piezas que en él se custodian. El tiempo que pasó en la Institución, unido a su excelente memoria, le proporcionó una nada desdeñable serie de conocimientos sobre la historia de algunas colecciones que después han sido de enorme utilidad para los investigadores.

Además, su carácter abierto y afable facilitó la comunicación entre todas las personas que trabajamos con él. Por las mañanas le encontrábamos en el jardín del Museo, con su amable sonrisa, cuidando las plantas y los árboles. Durante su trabajo preguntaba por el significado de las piezas y recuerdo haber tenido con él extensas charlas sobre su importancia histórica. Un libro era el mejor regalo que se le podía hacer, y si se refería a los objetos que él manipulaba, todavía mejor. Por todo ello siempre permanecerá en nuestro recuerdo como un trabajador y un gran hombre que dedicó una buena parte de su vida al patrimonio histórico español y al Museo Arqueológico Nacional.

M^a DEL CARMEN PÉREZ DIE



FERNANDO FERNÁNDEZ GARCÍA

«Fernando, si me dibujas un caballo, te apruebo el ingreso», le dijo el Padre José a Nano. Éste contestó de forma natural: «Si quiere, le dibujo una manada», y llenó el encerado de caballos en las más diferentes posturas.

Esta anécdota la recuerdo de cuando teníamos nueve años y estábamos preparando nuestro examen de ingreso en el Colegio Calasancio.

Desde que le conocí, descubrí que Fernando tenía unas condiciones innatas para el dibujo; cualquier cosa por difícil que fuera, la convertía en algo fácil.

De niños, él y su hermano Julio prepararon un juego de fútbol, él dibujó a los jugadores en una cartulina de una forma magistral para sus años.

Con el paso del tiempo se fue perfeccionando, estuvo conmigo en las excavaciones de Alcalá de Henares dibujando los mosaicos con una calidad impresionante.

Ingresó como dibujante en el Museo Arqueológico Nacional el 1 de febrero de 1973, permaneciendo hasta su temprana muerte. Independientemente de que fuera mi amigo, creo que hay pocos profesionales como él. Él lo sabía, pero nunca dio importancia a su trabajo, quizá por no destacar sobre nadie o por un exceso de humildad. Puede que esta postura le llevara a que no se le reconociera su labor como merecía.

Como profesional fue algo excepcional, pero como persona tenía una gran calidad humana, que hacía que quien le conocía se hiciera en seguida su amigo.

Nunca le ví discutir con nadie, era moderado hasta en eso. ¡Nano, descansa en paz, amigo!

FRANCISCO GAGO BLANCO